

Araña

Espido Freire



publicado por fósforo revista digital de creación
especial "la guerra no ha terminado"

araña espido freire

© espido freire, 2003

© fósforo revista digital de creación, 2003

www.accionesimaginarias.com/fosforo

acciones imaginarias

la revista fósforo pertenece al colectivo de acciones imaginarias

*Cuentan que la Bella Durmiente
nunca despertó de su sueño.*

L. M. Panero

Hoy he recibido carta de Andreas. Me cuenta de su vida, que es cada vez más gemela a la mía, aunque Andreas no se lo confiese y escoja contármelo a mí en lugar de escribir un diario, tan estrictos sus pensamientos sobre lo que debe o no corresponder a un hombre. Me ha hecho sonreír de nuevo, y dudar de mi dura idea de no importar a nadie, de no ser más que una ruina olvidada pudriéndose en vida en este pueblo donde desde hace dos semanas no cesa de llover y las palomas sacuden sus alas lastimosas.

Andreas dice que me recuerda todos los días, cada vez más a menudo desde que Hanna murió: y sé que es posible que no esté aquí, en Montenotte, compartiendo su vida para hacer de las nuestras dos soledades, porque se enamoró hace años de la imagen de mi mano aleteando desde el tren mientras me alejaba, la última vez que nos vimos. Añora la imagen más bella de mí, tan parecida a la que yo recuerdo de él: Andreas en la estación, con la mirada fija en mi mano. Y por eso, prisioneros de dos imágenes petrificadas, él me escribe y yo le escribo desde tan lejos. Yo volaba: y ya no vuelo.

Aquel martes aparecieron tanques del ejército, y se cruzó de nuevo un tiroteo con los rebeldes. Yo no estaba. Oí, es cierto, tiros en la zona de Baccastro, pero no supuse que llegasen hasta Montenotte. Desde entonces la vida se alargó sin esperanzas, como una hemorragia mal curada. Existió sin duda un tiempo en que las cosas eran distintas y mi preocupación se limitaba a la rutina sin importancia; pero tras la guerra ya no quedó sitio

para esas cosas, y los ruidos lejanos que anunciaban noches sin dormir y casquillos en la plaza se acercaban envueltos en miedo. Así comenzó la ruina de toda esta zona, y ni siquiera eso supieron hacer bien. No fueron capaces de acabar con todo, de destrozar el mundo y dejarnos descansar.

Cuando era joven y vivía Chiara, mi amiga, recuerdo haber hablado de hadas y vampiros; planeábamos marchar en su busca, noches en el cementerio en que los desafiaríamos. Nunca llegamos a encontrarlos, pero continúo segura de que, si existen, me convertiré en uno de ellos. Debo serlo. Durante años he contemplado cómo la gente caía a mi alrededor mientras yo vivía, años y años, años y años. La eternidad, no se explica de otro modo esta existencia miserable. Todo lo que no acaba es eterno.

He leído de nuevo la última carta de Andreas, sin llorar. En la noche, ante las fotos, he reconstruido los fragmentos de cristal roto en que se ha quedado mi vida. Con las fotos que Andreas me enviaba, esos recuerdos que a veces me atacan por el pasillo, contemplo la única vida que he llevado fuera de este pueblo y que me resulta tan irreal como los cuentos de hadas en que perdía el tiempo.

Hanna. Hanna y Chiara. Da igual el tiempo, da igual lo que haya transcurrido desde entonces. Nada ha cambiado; Hanna murió hace dos veranos. El quince de enero fue el aniversario de Chiara, del entierro de Chiara. No puedo olvidarlas, por más que Andreas me lo recomiende, a pesar del pasado que se acumula sobre los recuerdos, porque equivaldría a comenzar a morir, y no deseo morir aún. Quisiera convertirme en el postrero pedazo de vida que reste en Montenotte, y luego, cuando esté segura de ser la última, podré sentarme en mi huerto y cerrar los ojos. Mientras tanto, viva o muerta, no abandonaré el valle.

Toda la mañana he visto caer la lluvia; vuelve a cercarnos el invierno. Hasta el mediodía no me he dado cuenta de que debía comer. A veces lo olvido, en las ocasiones en las que me dedico a una actividad con tanta concentración que todo cede ante la disciplina de mi mente. Así logré vencer mis debilidades; así me convertí en lo que fui: salí de Montenotte, sobreviví a la guerra y a la decepción, y así logré no depender jamás de nada que no fuera yo misma. No añoro a nadie; tan sólo al niño de Chiara, al niño que Chiara no llegó a criar y que crece en alguna parte de este pueblo. A menudo sueño con él, pese a que fui yo quien decidí que no nos encontráramos jamás, jamás ver su rostro y hacerlo más bello en mi mente, arropado y joven como está también Andreas.

Así él, el niño de Chiara, ni siquiera habrá oído hablar de mí. Es probable que sea él el último en morir y que me encuentre como a una princesa dormida entre las piedras derruidas de la casa del río, con el rostro vuelto al cielo y la boca entreabierta, polvorienta y rodeada de palomas que querrán llevarme con ellas. Y ni siquiera entonces sabrá quién he sido, quién fui en la vida, qué senderos recorrí en Montenotte, cómo fui yo la que cerró los ojos de su madre. Ante él yacerá un rostro más, una anciana más muerta entre las ruinas, un recuerdo del pasado que querrá enterrar y olvidar pronto.

La última vez que vino gente de Milán para intentar convencerme de que dejara Montenotte me instaron a que pensara lo que sería de mí en el futuro. Les contesté que ya era vieja, y que no pensaba acabar en un asilo. Que me daba igual que los demás (tan sólo quedamos veinte, ¿puede acabarse tan pronto, puede acabarse todo en unos pocos años?) tuvieran la voluntad débil y se dejaran tentar con ofertas engañosas. Les

enseñé los títulos de propiedad de mi casa y de mis tierras, traje los recortes de periódico que hablaban de quién fui yo. Marcharon enfurecidos, porque desean deshabitar toda esta franja, y venderla luego a grandes constructoras. Que los demás hagan lo que les parezca: yo, al menos, no les cederé mi casa, mi adorada casa junto al río. Sólo quedamos veinte. Sólo son veinte.

Desde la cruz de la ermita de san Giorgio se divisa un paisaje que acude mi mente cuando pienso en el término abstracto de Montenotte. Subí allí cuando regresé llena de nubes de tristeza del frío amable de Esse, y en mi caminar de una tarde por los caminos viejos vi que la guerra no había respetado el silencioso puente romano y que del orgullo de Montenotte quedaba una arcada en medio del río, interrumpida como una interrogación a medias. Me apoyé en la barandilla verde, incrédula. Decidí entonces no regresar por ahí y encaminé mis pasos a la ermita de san Giorgio, a la cruz respetada desde donde presencio la muerte suave y discreta de un pueblo en el que somos veinte y en el que fuimos cien veces más. Desde mucho antes de que Montenotte se convirtiera en un poblado fantasma, la estación y la carretera dejaron de tener sentido, y ahora son brazos que se extienden un trecho y luego desaparecen rotos e invadidos por la hierba mala. Sí, Montenotte parece una enorme araña inmóvil a la que se le acortan las patas cada primavera. Y hay otra araña esperando, paciente, eterna, porque sabe que alguna de las dos caerá tarde o temprano y que a las arañas se las destruye de un pisotón.

Fue en marzo el día en que Chiara se alejó de mí con una fuerza que le descubrí entonces y que me pareció falsa, una impostura en la dulce Chiara. Hasta ese día, me enfrentaba sin pensar a las casas feas y al parque del Castello por más que me asaltase el sentimiento de que existía

otra vida fuera de Montenotte, otra realidad que me dejaba al margen, y la intuición de que la eternidad era alcanzable.

Aquella mañana, en los primeros días de marzo, y Andreas conoce bien esta historia, nos sentamos bajo el magnolio grande del parque. Acababa de recibir una denegación de mi beca, y me esperaba otro año en Montenotte, sin estudios, sin nada más que tiempo para gastar y paseos vespertinos, pero no perdería el tiempo. Yo no permanecería allí, en aquel pueblo perdido hasta que reventara de aburrimiento. Estudiaría, viajaría, construiría un nombre, y regresaría a Montenotte para que todos pudieran comprobar que había triunfado. Entonces Chiara, sin prestarme atención, como si ni siquiera mereciera la pena dar crédito a mis palabras, comenzó a contarme los detalles de la boda de su hermano. Yo miraba al suelo, y no aparté los ojos hasta que tuve que parpadear; Chiara se distanció súbitamente, en otra vida de marido y niños y felicidad cotidiana, el otro cabo del camino que yo había renunciado a tomar.

Así perdí a mi única amiga, y con un esfuerzo morbosos y consciente decidí apartarme de todo, de las baldosas rojas y blancas, del hermoso parque del Castello, de cada uno de los habitantes de Montenotte, y busqué en ese rencor no confesado, callado, la suficiente fuerza para no dar mi brazo a torcer, la tozudez que me obliga ahora a sentarme pacientemente, a esperar el fin de lo que antes tuvo nombre de pueblo.

En aquellos tiempos me gustaba pensar durante las últimas horas de la tarde, mientras caminaba por el paseo del río hacia el puente romano. Me gustaba imaginar historias, y siempre era yo la protagonista, en las distintas maneras en las que obtenía un triunfo rápido y regresaba, compraba la más hermosa casa junto al río y obtenía una calle con mi nombre.

Años y años se repitieron esos paseos, incluso cuando regresé aquí y antes de volver a casa me acordaba de Andreas y me acercaba hasta el estanco para comprar sellos: aquella vanidad pequeña de ver el remite de Hanna o de Andreas. Mi esperanza se nutría entonces de viajes veloces entre horas a Petersburg y Esse. Aún me sostiene esa pedantería, y cuando compro los sellos los pego allí mismo, para que la mujer que me atiende pueda cocerse de envidia viéndome subsistir. Debe pensar que soy la mala hierba; la mala hierba arruina los edificios.

Debe encontrarse en algún lugar de este pueblo, y está despierto y enfermo, y por eso he tenido que levantarme a las cuatro de la mañana a escribir. Vuelve a llover, lleva todo marzo lloviendo, y hasta las palomas duermen, pero él no. Lo supe ayer por la tarde. El niño de Chiara se muere. He despertado en una pesadilla, en el día en que huí con mi madre tren tras tren mientras todo se rompía loco a nuestro alrededor y soportábamos con rostro estoico los registros por los soldados. Tanto miedo. Llegamos a Niza, y yo me empeñé en continuar hasta el norte, dejando de lado París, entre la riada que invadía Francia huyendo de la destrucción en el sur.

Pero en el sueño perdía a mi madre en la estación, entre gente que dormitaba (mamá, tan buena, y apenas recuerdo vagamente su rostro después de tantas horas como pasamos juntas), y yo echaba a andar hacia la ciudad. Allí, por detrás de la gente apiñada, en una de las terrazas de Crime à Lac, se fue perfilando la figura de Andreas, claro y limpio entre la miseria. Me tendió los brazos y le abracé llorando como una niña.

Muchas veces he soñado con Andreas, con mayor intensidad desde la muerte de Hanna. Y ahora, en la noche, sé que no son imaginaciones mías, y sé también que él, el niño de Chiara, está despierto y no me deja dormir y me tiene en vela sobre mi diario casi rogando

porque tenga fuerzas y no se deje morir ahora sino que viva, que viva como yo, como mora entre zarzas. Porque se agita despierto y son las cuatro y media y no está, como nunca ha estado, pensando en mí.

Resulta curioso comprobar cómo la distancia amortigua algunos sentimientos y hace regresar otros que giran como bailarinas en cajas de música. A veces leo las cartas de Andreas y repaso los proyectos en que trabajamos juntos y me invade en la boca un sabor dulce. En un castillo de hadas habitamos en aquel tiempo, con la amenaza nunca sería de la rubia bruja Hanna, la que debía haber sido heroína del cuento. Y con la presencia de Hanna todo cambia y se desdibujan las calles de corte simétrico de Esse para dejar paso a las baldosas rojas y blancas de Montenotte inclinándose ante el recuerdo de Chiara, Chiara y yo en las fiestas de cumpleaños, Chiara de mi mano, feliz y niña, la amiga fiel, la hermana perdida.

Ya ha quedado atrás del todo Alemania y el lugar sigue siendo el mismo en que he residido estos últimos treinta y dos años, pero antes de la guerra, cuando aún nos quedaba un pueblo intacto. La ambición de entonces me araña cruelmente, y sólo se atenúa cuando me siento y estudio hasta que la cabeza me duele; así se me van las ganas de gritar agitando las rejas de la cárcel en que me aprisiona el recuerdo.

Son los únicos momentos en los que flaqueo y deseo que no se me conceda mi deseo de sobrevivir a todo en forma de pálido vampiro, porque mi cuerpo se ha gastado demasiado para ser un hada: cuando vuelvo a recordar los años atroces de la guerra se me escapa el pensamiento de que acabe todo de una vez y pueda olvidar y descansar recordando únicamente la parte de mi vida que permanecí en Alemania y formé mi fortuna junto con Andreas; los años felices de mi vida, en los que él se hartó de pedirme que me casara con él, y de oírme rechazarle;

cuando lo único que repetía era que necesitaba volver para que todos supieran que había triunfado como nunca supusieron y ser capaz así de mentirles diciendo que no me importaban, que nadie en Montenotte me importaba.

Por eso, porque sabía que yo jamás podría resignarme a vivir lejos de aquí, no quiso detenerme cuando al primer aviso de tregua le anuncié que regresaba a mi tierra. Me dejó marchar pese a que ya había abierto los ojos a su error; lo vio apenas salió de la iglesia con Hanna del brazo, quizás escrito en el arroz que les tiré encima sin rastro de rencor. En esos últimos días perdió su dominio tan apreciado y le rechacé por última vez, tan contradictoria era yo en mi juventud, y Andreas y yo nos perdimos en un mar de cartas e imágenes lejanas.

Quince de marzo ya. Cómo pasa el tiempo. El pasado quince de enero se cumplió el aniversario de la muerte de Chiara. Marché al parque hasta el árbol en que se convierte en huesos pelados. Me quedé allí en pie mucho tiempo. Luego removí las hierbas malas que han nacido durante el año y regresé a casa. Comí sin ganas. La fecha me había regresado a los años de la guerra, cuando volví a Montenotte y encontré que la lucha continuaba. Nos mintieron. Andreas tenía razón cuando me pintó los problemas de las postguerras: las treguas no se respetaban, y continuaba la lucha en las montañas. Y, cuando entré en el pueblo y lo encontré vacío, sin nadie que saliera a felicitarme por haber logrado convertirme en lo que era, me dejé caer en un banco junto a la estación, sin aliento. Ni siquiera pensé en marcharme. De mi familia me quedaban mis primos en Florencia, Andreas acababa de casarse y lo demás me importaba poco.

Chiara también vivía entonces en Montenotte. La encontré un día en la calle, y nos abrazamos casi sin hablar. Estaba pálida, muy delgada, y vivía sola con su niño, que entonces había cumplido un año. Prometí

ocuparme de ella, y le propuse que se viniera conmigo. Preparé para ella el sótano de la casa que había comprado. Al fin la casa del río, aunque cada vez con menos calles para adornar una con mi nombre. Nos sentíamos optimistas y ligeras. La guerra no duraría eternamente, los hombres regresarían y todo volvería a la normalidad.

Sobre nosotros cayeron los rebeldes, sin saberse por dónde, como siempre. Los del ejército les esperaban: Montenotte, tan cerca de la frontera, había sido desde el principio de la guerra uno de los puntos estratégicos. El día anterior yo había marchado a Milán, en un intento de saber algo de mi madre. Cuando volví a Montenotte los ruidos habían callado. No quedaba nadie, sólo palomas desorientadas y los muertos en medio de la plaza, con el brillo de madrugada en los cristales rotos. La iglesia, con la torre despuntada, me observaba con complacencia. Entre los muertos estaba Chiara, con el mismo gesto de siempre, el cuerpo que me había acompañado tanto tiempo roto por los balazos.

Enterramos a los muertos en el parque, sin nombre y sin caja, alrededor del magnolio de flores como palomas blancas que fue nuestro confidente. Luego subí hasta la cruz de la ermita. El sol comenzaba a elevarse, y las ruinas extendían sus sombras, reptando de calle en calle.

Andreas. El tiempo se está acabando. No sé qué contestarle. Han sido demasiadas nuestras cartas, y demasiadas cosas he dicho ya para hacer que se conmueva. No, su capacidad de emoción, como la mía, ya no reside en cuatro letras retorcidas en un papel.

Desde que regresé a Montenotte Hanna fue nuestro más firme vínculo. Ella me mandaba las fotos, hasta las del homenaje, y ella firmaba por los dos la felicitación de Navidad. Se colaba en nuestros coloquios sobre libros y filosofía como una silueta esquiva, interrumpiendo siempre y sufría, la pobre, porque yo era la otra y desde el momento en que decidí tomar el tren que me alejó de Esse pasé a la categoría de princesa

encantada y ni ella ni Andreas pudieron volver a mirarse sin que mi presencia reinase en el coto privado que era la fantasía de su recién estrenado marido.

Quería haber visto las fotos de Stiva, pero han cortado la luz por la tarde, de modo que escribiré un poco mientras quede día y me acostaré temprano. Hace frío, y no tengo leña más que para una estufa. En momentos como estos temo amanecer muerta, y sigo el diario, para no dejar sitio al miedo.

Sé que no puedo morir antes de terminarlo, antes de contar al niño de Chiara toda mi historia, para que él y los demás la sepan, y descubran qué gran mujer fui yo en la juventud. He visto demasiadas cosas, he vivido demasiado en los grises páramos de la adolescencia, la descarnada mano de la guerra, los tiempos lujosos de mi riqueza en Alemania. No puede reducirse a nada. No puede olvidarse todo conmigo. Debo ser eterna, como un hada, como un vampiro. He vivido demasiado sobre el resto de los humanos como para no ser una de las escogidas. De otro modo, habré dormido, habré sido una araña tejiendo una tela circular y perpetua sobre un reloj roto.

Llueve sobre el tejado y el río que se deja caer perezoso desde la zona abandonada que se llamó Milán. Una tristeza infinita me embarga y hace que las cosas se tiñan de un tono azulado y marchito.

Andreas se hizo dorado en su primera etapa; él simbolizaba entonces todas las esperanzas que yo tenía de marchar de mi ámbito hacia un futuro glorioso. Nos conocimos en Alemania, en la universidad, cuando éramos jóvenes y alegres, y no había más que bromas. Hanna me parecía tan peligrosa como una vecina ignorada, y desde entonces a mi sueño de libertad se unió el nombre de Andreas Winnerhaus hasta casi

espantar el fantasma que vagaba por algún rincón de mi cabeza: Montenotte.

Ahora pienso en que quizá me equivoqué y que cuando nació se dispuso que yo no daría hijos a Andreas ni gozaría de una vida burguesa en Esse, sino que sería condenada a vigilar como guardiana cerbera esta ruina moribunda. Fueron hermosos tiempos aquellos en los que los dos trabajábamos juntos. Oh, pudimos hacer grandes cosas. Pude ganar entonces una calle en Alemania.

Hanna agonizó durante largas semanas por un cáncer que le devoró el útero como unas tenazas candentes. Andreas me contó que logró arrancarle la promesa de que no volvería a casarse. También el miedo le fue corroyendo.

Hacía tanto que no veía las fotos del homenaje que casi había olvidado el auténtico rostro de Andreas. Ahora ya no, ya tengo medio año de Andreas en cada recodo de mi casa y tras cada espejo. Un gran despliegue, digno de jefe de Estado. Creo que por eso Hanna me remitió la foto y una larga carta en la que hablaba del gran honor que se le hacía a Andreas restituyéndole el puesto en la universidad que le fue arrebatado durante la guerra.

Fue hábil el fotógrafo. Supo enseguida que era en los ojos de Andreas donde el dolor debía delatarle. Le hizo caminar por el campus encharcado (noviembre en Esse) bajo las tristes banderas pesadas de agua. Andreas se acerca a la puerta (ya allí esperaba el rector) y se apoya en ella. Le caen las lágrimas, la lluvia le oscurece el pelo rubio. Y mientras tanto yo escondida en mi pueblito, tan ajena. Ésa fue una de mis conquistas; ese puesto me correspondía a mí tanto como a Andreas, porque fui yo quien concibió la idea, quien trabajó hasta la extenuación en

la tesis, quien le animaba cuando no quedaba dinero ni ganas para continuar. Luego llegó la guerra.

Leí la carta de Hanna, pasé una tras otra las fotografías, reconocí el claustro gótico de la universidad. No fue sino después cuando recordé, sin resentimiento, sin emoción, con la misma docilidad con la que asistí a la boda de Hanna y Andreas, que yo debiera haber estado allí. Pobre Andreas, aún tan joven en la última foto que recibí de él.

Hoy ha dejado de llover. Al fin parece que la primavera comienza a portarse según lo estipulado. Es veintidós de marzo. Este invierno han muerto siete personas. Sólo quedamos trece. Entre los ataúdes se ha ido el nombre del niño de Chiara. Ya no me encontrará, no me dará tierra como yo hice con su madre, y me quedaré definitivamente sola.

Hacía tiempo, desde la muerte de Hanna, que no lloraba. Me asustó llorar por Hanna, en vez de sentirme liberada por no tener que temer las palabras destinadas a Andreas, sabiendo que Hanna las leería. Era ella un fuerte lazo para mí, Hanna, que me hacía sentir tercera de dos y envidiada y viva.

Sola, sí. No me queda mucho por aguantar, y he de pensar en qué será de mí cuando muera. Ese niño muerto, treinta años apenas, y yo tan vieja, y Andreas tan lejos. Pensar, ahora pensar. No hay sitio para el dolor. Tantas cosas por arreglar...; el parque está destruido, y no quiero ser enterrada bajo el magnolio, como un muerto más de la guerra. No viví tanto para eso, para que todo se perdiera y quedara sin heredero ni memoria. He pensado en la cruz de san Giorgio. Tengo que acordarme de hacérselo saber a Andreas.

Todo ha durado demasiado. Mi paciencia se extingue y muere de vieja. Oh, mis recuerdos ordenados como cajas de botones. Ojalá pueda recordar algo. Y ahora estoy sola.

